

Ganadores del Concurso de cuento y poesía 2025



Caminos de escuela



Lllaman a la puerta,
la casa responde con silencio.
Un perro ladra,
la lluvia borra la tinta de la dirección.

Los pasos del verificador
son huellas que nadie aplaude,
cargando preguntas
sobre niños que viajan en bus, en bici,
o a pie entre charcos y semáforos.

Kennedy, Suba, Bosa,
nombres que son mapas cansados
donde la ausencia pesa más
que la firma en un formulario.

A veces una madre abre,
con delantal y ojos ojerosos,
y confirma con voz frágil:
“Sí, aquí vive, sí estudia, sí sueña”.

Otras veces la puerta no abre
y el silencio dicta sentencia:
beneficio perdido,
distancia no cumplida,
un niño que camina más lejos de la escuela.





Pero, aun así,
cada visita es un poema escondido
entre papeles húmedos,
entre mordidas de perros y bloqueos de calles,
entre la esperanza que insiste
en que aprender vale la pena.

Porque en cada barrio,
donde una carpeta se llena de datos,
late la verdad sencilla:
la educación es un viaje,
y nadie debería perder su asiento.



Luz de Invierno

Dolor

No es tristeza lo que llevo, es un río.
A veces manso, a veces desbordado.
Me cruza por dentro sin pedir permiso, arrastrando ramas secas, memorias,
trozos de lo que fui.
Pero no me ahoga. Me riega.

Y entonces entiendo: las lágrimas no son derrota, son semillas.
No me apagan, me preparan. Como la lluvia que parece destruir, pero en
realidad limpia, despierta, hace espacio para lo nuevo.

He llorado con los ojos, con la piel, con los huesos.
Y en cada lágrima he descubierto una parte de mí que no sabía que existía.
Las que arden, me muestran lo que duele.
Las que caen suaves, me recuerdan lo que amo.
Y todas, todas, me vacían para volver a llenarme.

Porque es necesario romperse un poco para que entre la luz.
El dolor no vino a matarme, vino a enseñarme el tamaño de mi alma.
A mostrarme que puedo habitar el abismo sin convertirme en él.

Ximena Alejandra Saavedra Norena



Esmeralda entre Arcilla

J.C Human

Acostumbrado a mi condición, me movía por la ciudad en el TransMilenio, convertido en mi refugio y en mi cárcel. Cantaba sobre Dios, como mi viejo me enseñó. La gente no me daba dinero; pensaban que lo usaría en alguna droga que jamás he probado. Entendía que, por mi aspecto, lo creyeran. Ya no tenía mis ojos esmeralda y las manos con las que antes moldeaba la arcilla estaban llenas de ronchas por el frío nocturno.

En mi pueblo, aunque no era un lugar turístico, recibíamos de vez en cuando la visita de algunos viajeros. Un día llegó un hombre mayor y bastante alto; le interesaron unas cerámicas que yo solía hacer y vender por gusto. Me miró fijamente, con una sonrisa, y me dijo que podrían venderse muy bien. Con tono solemne, me llamó “Artista”, me ofreció bastante dinero por todas mis piezas y me dio una dirección en Bogotá. Allí —me juró— podría estudiar y trabajar, para darle una mejor vida a mis padres, ya ancianos.

Con esa promesa en el corazón, emprendí el viaje.

Al llegar a Bogotá, un hombre al que le pedí indicaciones me dijo que debía ir al centro, a La Jiménez. Me habló de unos buses rojos, “TransMilenios”, que me llevarían rápido. No entendí mucho, pero me dijo que los reconocería al verlos: “son como orugas” mencionó él. Con 17 años y sin conocer la ciudad, caminé buscando una estación como me había indicado aquel hombre.



Mi viejita siempre decía: “Preguntando se llega a Roma”. Así, me encontré en un edificio viejo, con una iglesia al frente. Una señora me recibió con una sonrisa, pero me pidió esperar al tal ‘Doctor Matías’, de quien yo no sabía nada, imaginé que era aquel viajero generoso. El lugar parecía más un consultorio que una tienda de arte, pero no le di

importancia. Me ofreció algo de comer. Moría de hambre. Mientras esperaba y comía lo que me ofrecieron, vi mis creaciones en una repisa, junto a varias joyas. La emoción me invadió, sonreí... y me dormí.

decía nada. Recuerdo oír un motor, una mujer gritar y un claxon. Luego me sentí en el suelo caliente y húmedo por la sangre que salía de mi cabeza. Me desmayé.



Desperté con un dolor intenso en el rostro. Todo estaba oscuro. Estaba casi desnudo, cubierto por trapos. Sentía brisa; pensé que era de noche. Busqué la luna, pero en su lugar sentí el calor del sol en mi piel. ¿Era de día entonces?, ¿por qué seguía todo oscuro? Con miedo, me toqué la cara: ardía bastante. Entre cortes mal hechos y sangre pude notarlo... ya no tenía ojos, los ojos esmeralda que heredé de mi madre. ¡Grité! No sé por cuánto tiempo. Avanzaba a ciegas, tropezando, golpeando cuerpos que se alejaban en silencio. Nadie me ayudaba ni

Cuando recobré la razón, estaba en un hospital; lo supe por el ruido de las ambulancias, los altavoces y el penetrante olor a enfermo. Todo seguía negro. Escuchaba murmullos: “otro drogadicto más”. Querían echarme pronto. Intenté explicar, pero nadie respondía. ¿De verdad podía hablar? ¿Por qué nadie contestaba? ¿Acaso me quitaron la lengua también? Me llevaron afuera. Sentí frío. El suelo helado dolía. Mis manos eran muy sensibles. Supe que era de noche. Escuché risas a lo lejos. Grité por ayuda... solo recibí silencio.



Con el tiempo aprendí a pedir limosna. A veces alguien me daba comida, pero nunca palabras. No recuerdo la última vez que alguien me habló directamente ¿De qué sirve poder hablar si nadie responde? ¿Seré yo quien no los escuche cuando me hablan? ¿Qué diferencia hay

entre esto y ser mudo o sordo? ¿Por qué me hicieron esto? Quise llorar, pero de mis cuencas vacías no brotaban lágrimas. No me quedaba más que aceptar mi realidad: no solo me dejaron ciego, ahora era mudo y sordo en una capital muda, sorda e insensible.



Último chocolate

Ivonne Alejandra Murcia Molano

La vida pasó delante de sus ojos con el primer hervor del chocolate. Al poner la primera pastilla junto a una astilla de canela, sabía cuál sería la próxima acción: después de tomar el último sorbo de aquella taza, la que ella compró en un mercado un día de domingo, envuelta en los quehaceres de un hogar. Al conocerlo, dio un gran paso al vacío. El amor, en ese entonces, no había sido cuestión de razón o vértigo; simplemente fue el motivo para continuar en un instante de la vida en el que algo no estaba funcionando.

La soledad se había disipado de a poco. La poesía fue el primer paso para un encuentro revelador, para enamorarse de una vez por todas. Cada rincón de la casa había sido estudiado meticulosamente por cada uno de los dos. Las plantas de ella estarían siempre junto a la ventana; los libros de él estarían a la altura de la lámpara de piso que permitía un ambiente cálido y más acogedor. Habían viajado poco

porque pronto se habían enredado con las responsabilidades adultas, aunque ella habría preferido aprender a estar sola, a bordar sola, a cenar sola, a vivir sola. La canela subía y ella la bajaba con movimientos suaves con el molinillo. Él seguía escribiendo mientras el silencio se volvía más fértil, devastador y minucioso. Cada uno, impotente, en medio de los chirridos de los carros que pasaban por la avenida, frente a ese apartamento.

Con mayor detenimiento, recordaba con la mirada clavada en el chocolate aquello que había descubierto meses atrás. Una mañana frenética fue el adiós casi definitivo. Siempre creyó que había estado con el mismo hombre; nunca dudó de quién compartía amablemente la almohada, porque ese era el momento perfecto para oler el cabello de ella. Ese aroma era fresco, romántico, vulgarmente delicioso. No había nada malo en aquel cuadro; no existía el riesgo. No podía huir de la verdad y del amor

que los atajó tan deprisa. Esa mañana, el reloj iba más rápido. Ninguno de los dos sabía que iban hacia un tiempo que no existía para el resto del mundo. Ellos eran los protagonistas de una gran historia de terror, de aquella que sumerge a cualquier ser en la agonía de sus propios pensamientos y en la intimidad del dolor confuso y ridículo.

Coincidieron en el baño, justo frente al espejo que alguna vez los ocultó en su simetría reflectante. Disfrutaban de la desnudez en las mañanas de los sábados, donde los horarios no presionaban de tal manera los movimientos, como ese día. Cada uno tomó un poco de pasta de dientes para cepillarse con impaciencia. Ella tuvo la necesidad de hacerlo más despacio, porque el espejo mostró otra cara, otra mirada, otra expresión que no parecía de él, que en definitiva tampoco era suya. Una criatura empezó a revelarse en cada gesto que trazaba la mano

derecha, con fuerza, de atrás hacia adelante.

No pudo musitar palabra alguna. Sabía que la confusión no la dejaría volver a abrazarlo ni a decirle que lo quería mientras dormía. Ese otro yo, esa otra voz, sólo apareció en las

condiciones de su propia ausencia.

Él nunca fue él, era una criatura amable

en ocasiones, que buscaba decorar las circunstancias. Sin

embargo, ella no pudo increparlo, porque pensaba que alucinaba, que

estaba cansada, que era su culpa no ver con claridad al hombre que cepillaba sus dientes con afán. Las lágrimas brotaron desde ese instante hasta el momento en el que el chocolate estaba servido en la taza contramarcada. Recordó que, a partir de ese día, tuvo que contener su dolor en la melodía doméstica que mutuamente decidieron componer. Esa criatura nunca había partido, era un cuerpo fabricado de otros cuerpos, de pedazos de corazones cansados y sonrisas tenebrosas,



fabricadas por dentistas del horror corporal.

Sonó la taza contra la madera del escritorio donde él trabajaba. Con una mirada ingenua, tomó un trago y asintió con la cabeza para decir que estaba aceptable.

Mencionó que, antes, el chocolate tenía un sabor prolongado y delicioso; el de aquella noche sólo maquillaba la agonía de una mujer que se estaba despidiendo, porque estaba tan agrietada como la taza donde había servido por años los mejores chocolates.





Un destino poco poético

Gabriel Quiñones Ortiz

Leandro Lescano

Bogotá D.C. – año 1998 – 4:20 a.m.

— ¡Levántate, hijito o llegarás tarde a tu primer día de clases! —exclamó mi madre— ¡Pégate un duchazo, desayuna y como siempre, perdóname por lo poco!

Abrí mis lagañosos párpados y pensé “creo que es complejo despertar cuando aún es de noche”; sin embargo, recordé que la universidad quedaba a veinte minutos de zanco limpio y a una hora aproximada de buseta. Una vez en la regadera, la gélida agua me propiciaba un par de mordiscos quiméricos a los cuales me acostumbraba cuando recordaba que mamita los aguantaba noche y día mientras lavaba las prendas de los habitantes de la cuadra como único modo de nuestro sustento; a posteriori, me puse la única chaqueta formal que dejó mi padre y que una modista la ajustó ante mi contextura angarilla. Después, desayuné la media taza de café, el medio huevo revuelto y la mitad de una tostada (ya se imaginarán para quien sería el

resto), tomé la carpeta, algunas numismas que reposaban en la mesita de la entrada y me dirigí hacia mi destino.

Llegué cinco minutos temprano; sin embargo, el vigilante optó por negarme la entrada hasta revisar en detalle los papeles de la carpeta, para después de malísima gana abrir la puerta —¿el salón 207? —le pregunté y lo único que hizo fue apuntar, llegué al aula y estaba cerrada, luego, la misma historia, carpeta entregada al docente, puerta cerrada ante mi rostro, hasta que por fin pude acceder y recibir el mismo gesto despreciable de una de sus falanges apuntando al escritorio más lejano. Después, en el ligero pero apabullante trayecto, todas las miradas despectivas de mis compañeros me enfocaban quizá porque uno de mis zapatos estaba roto o a lo mejor, porque mis pantalones estaban plagados de remiendos, la cátedra continuó.

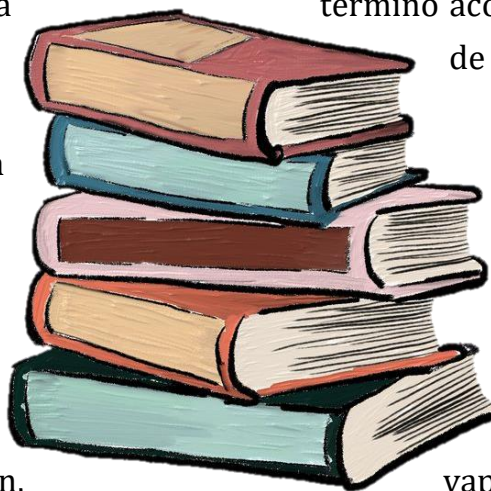
Para variar, poco entendía las fanfarrias que vociferaba aquél docente, puesto que, acababa de arribar de Francia y consideró ese motivo como suficiente para mezclar ese lenguaje desconocido con nuestra lengua nativa; situación suficiente para que la clase de poesía se torne un tanto más compleja; pero, no tanto para tomar uno que otro apunte con la leve esperanza de que la gitana que vive a la vuelta de mi casa tenga un diccionario; la clase terminó y entonces, un par de bribones elitistas se me acercaron, tumbaron mi libreta y uno dijo

— ¿¡Qué hace usted acá!?

— Estoy aquí gracias a una de esas tonterías que llaman beca, supongo
—respondí

Antes de que la situación se caldeara, la presencia del siguiente instructor ocupó el salón, ante lo que sentí cierta calma pues no podía demostrar el pugilismo aprendido de mis raíces colegiales, en donde los dientes volaban por sopapos desde

la primaria y no había ratón Pérez que dé un centavo por ellos; “normas del lenguaje” apuntó en el tablero y vaya que independientemente del ambiente que transpiraba corrientes arrogantes y hostiles, me esforcé por aprender con gran esmero todo lo relacionado con etimología y gramática; una vez más, la clase terminó acompañada de un lapso



de una hora coloquialmente denominado “hueco”, y, para variar la redundancia de ese par de consentidas lacras, intuí que su objetivo era vapulearme hasta aspirar

a la meta de que deserte de mi designio, pero sobre todo de los incontables esfuerzos de mi madre, situación que me obligó a ignorar y recibir sus felonías, no sin antes advertirles que no conviene que su pútrida sanguaza se derrame por estos pasillos.

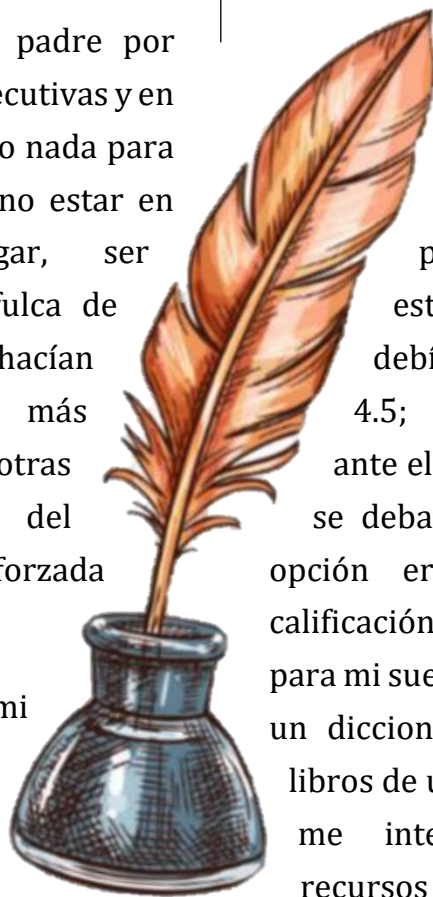
Una vez cerrado el hueco, instrucción de tipología de textos y, culminada la jornada, opté por escapar para evitar pleitos; en el camino a casa, no me olvidé de visitar

a la gitana quien me informó tener en su posesión el lexicón; pero, que me lo entregaría a cambio de una semana de trabajo en su billar, irónicamente, el lugar en donde habían asesinado a mi padre por ganar diez partidas consecutivas y en la onceava apostar todo o nada para entonces perder y tras no estar en condiciones de pagar, ser masacrado por esa trifulca de trogloditas que se hacían llamar deportistas; sin más opciones, no quedaron otras alternativas que la del desprecio y la forzada servidumbre.

Llegué a casa y mi madre plagada de alegría me preguntó que cómo me había ido, no recuerdo haberle mentido así en todo mi existir, pero le informé que todo estaba bien, que era una gran oportunidad y que, si nuestro sueño de convertirme en escritor algún día se cumplía, todo se lo debía a sus sacrificios inagotables e inquebrantables...

Las arenas del tiempo transcurrieron con fugacidad y para

entonces, la rivalidad que habían sostenido Isaac y Bladimir en mi contra había pasado de represalias verbales a una competencia literaria, siendo ellos quien dominaban en poesía y este humilde servidor en el resto de las áreas; con la gran diferencia de que para mantener mi estabilidad universitaria debía superar el promedio de 4.5; situación desfavorable ante el último examen en el cual se debatía mi futuro y la única opción era obtener la máxima calificación en la poética franchute; para mi suerte, no solo la gitana tenía un diccionario sino unos vetustos libros de un tal Rimbaud, los cuales me intercambié por trabajo, recursos suficientes para estudiar con esmero; en fin, el día esperado llegó y entonces *D'Artagnan* (el profe), informó los puntajes, los nombres de mis compañeros paulatinamente transcurrían, mientras me aferraba con fuerza a mi pupitre y el sudor plagaba por los poros de mi rostro; para sorpresa, Bladimir fue mencionado en el tercer lugar, Isaac en el segundo y yo, un tal Saul, había logrado culminar en





primer lugar, una cálida ovación y los aplausos plagaron el recinto; luego y tras correr una terna de horas llegué a mi hogar, allí, después de abrazar a

mi madre y entre sollozos le confesé — María, a lo mejor, ¡yo nunca te he mentido!, espero traer a casa algo más que viejos libros.

Veo fantasmas

Daniel Moreno

A veces me pregunto qué es peor: haber amado tanto que duela su partida, o verla en otros cuerpos que no son el suyo. La pregunta me asalta cuando menos lo espero, como aquella vez en el Transmilenio.

Iba recostado, apoyándome en la ventana y de pronto la vi allí, entrando frente a mí. O al menos creí que era ella. El parecido me golpeó como un recuerdo dormido: la forma del rostro, el brillo de los ojos, la serenidad en la boca. No estaba seguro, pero tampoco me atreví a confirmarlo. Me quedé mirándola demasiado tiempo, en un vaivén entre miedo y deseo. Pensaba: ¿la saludo? ¿la ignoro? ¿le pregunto directamente si es ella? Al final hice lo que siempre hago: nada. Solo la observé en silencio, atrapado en esa frontera incierta entre la ilusión y la realidad.

Cuando el bus se detuvo y bajó, sentí el alivio extraño de quien sobrevive a un incendio. No era ella,

lo supe en ese instante, y sin embargo me dolió como si lo fuera.

Días después me pasó lo mismo con otra chica. Esta vez no se parecía tanto, pero hubo un gesto, el color de su piel y sus labios parecían brillar con la luz de los recuerdos, encendiendo en mí aquella vieja herida. Otra vez mi mente viajó a los instantes en que mi alma se encontró con la suya, con la misma claridad que un artista ante su mayor inspiración. Y otra vez la certeza de que no volvería me dejó en silencio, condenado a contemplar sombras que me devuelven lo que ya no existe.

Quizá ese sea mi destino: verla en todas partes sin que nunca sea ella. Como si el amor que vivimos no siguiera ardiendo, disfrazado en rostros ajenos, persiguiéndome por la ciudad como un perpetuo eco de lo que alguna vez tuve y perdí.

